

AMADO NERVO. *El libro que la vida no me dejó escribir. Una antología general*. Selección y estudio preliminar de Gustavo Jiménez Aguirre con la colaboración de Yólotl Cruz, Eliff Lara, Marcela Reyna e Itzel Rodríguez. Ensayos críticos de Claudia Canales, José Ricardo Chaves y Juan Domingo Argüelles. México: Fondo de Cultura Económica / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2006 (Biblioteca Americana. Serie Viajes al Siglo XIX).

UN NERVO ESENCIAL

Con el propósito de recuperar la obra de importantes autores del siglo XIX mexicano, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Fundación para las Letras Mexicanas y el Fondo de Cultura Económica editan la colección “Viajes al siglo XIX”, cuya coordinación académica corre a cargo de Edith Negrín con la asesoría de José Emilio Pacheco y Vicente Quirarte. Incluida en el catálogo del Fondo de Cultura Económica dentro de la mítica colección Biblioteca Americana, esta serie se ha proyectado como un conjunto de amplias antologías de autor, en las que conviven también estudios críticos así como valiosas cronologías sobre cada uno de los escritores incluidos.

De los más de veinte títulos que se proyecta publicar gradualmente hasta el año 2010 —entre los cuales se encuentran las antologías de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Justo Sierra, entre otras—, a la fecha ya han visto la luz algunos de estos trabajos, que permiten recuperar la obra de los escritores fundamentales que configuran nuestra tradición literaria. Otro acierto, sin duda, ha sido la elección de los títulos de las antologías que ya se encuentran en circulación (*Para leer la patria diamantina*, de Ignacio Manuel Altamirano *Los tiempos de la desenfrenada democracia* de José Tomás de Cuéllar, *El laberinto de la utopía* de José Joaquín Fernández de Lizardi, *Impresiones de una mujer a solas* de Laura Méndez de Cuenca y *De Coyoacán a la Quinta Avenida* de José Juan Tablada), cuya naturaleza literaria es, a un tiempo, crítica y compendio de lo que para los antologadores funciona como el aura cromática, el acento fundamental, que la obra de aquellos autores convoca.

El libro que la vida no me dejó escribir de Amado Nervo —cuya selección y estudio preliminar fueron responsabilidad de Gustavo Jiménez Aguirre— no es la excepción, y su título funciona, al mismo tiempo, como un guiño crítico que repara, por un lado, en la vastedad de una obra de proporciones catedralicias y, por otro, en la voluntad de depuración de una obra que el propio Nervo, frente a la angustia de lo que en ocasiones consideró su “fracaso”, confiesa en el epígrafe elegido para dar inicio a esta antología general: “De todas las cosas

que más me duelen, es ésta la que me duele más; el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único”.

Efectivamente, durante sus escasos 49 años de vida, Nervo escribió miles de páginas que encontraron una primera casa en las *Obras completas* que Alfonso Reyes, su amigo, se ocupó de reunir y que fueron publicadas en España por primera vez en 29 tomos. En este sentido, debe haber sido difícil deslindar, desbrozar, discriminar, en el amplísimo edificio de palabras que Amado Nervo construyó, el “compendio ideal”. Pero ¿no es el deslinde el primer trabajo del crítico?

Un crítico literario es antes que cualquier otra cosa un lector y, como tal, una de sus primeras empresas es la formulación de antologías que —definiciones más, definiciones menos—, no son otra cosa que una colección formada con trozos literarios seleccionados, de un autor o de varios. Sin embargo, el carácter siempre arbitrario de las antologías ha provocado que éstas ejerzan un enorme poder de atracción —tanto para quien las realiza, como para quien las juzga o, más aún, para los posibles seleccionados— porque representan el atisbo de un canon al que muchos desean ingresar y sobre el que quieren hacer incidir sus propios juicios críticos.

Así pues, una de las múltiples formas en las que el canon ha venido construyéndose es, justamente, a través del papel crítico que suponen las antologías, esas “formadoras de canon” como bien ha visto Anthony Stanton.¹ No obstante, el papel sancionador de aquel ha sido muchas veces discutido, pues su naturaleza se perfila sobre el doble filo de lo oficial y de la historia viva de una tradición.

En el caso de las antologías dedicadas a un solo autor las circunstancias no difieren esencialmente pero, ¿qué hacer con un autor cuyo ingreso al inventario canónico ha sido ya cuestionado? En el “Liminar” de *Tres estancias narrativas, 1890-1899* (2006), el mismo Gustavo Jiménez advertía la marginación de Nervo en esta lista sancionadora y, particularmente refiriéndose a la obra narrativa del nayarita, señalaba: “En su caída del Olimpo de la alta cultura a la planicie del gusto popular, el poeta arrasó al narrador”.²

El canon poético mexicano —como cualquier canon que se respete, anterior a los contracánones o a la “ampliación del canon” que los estudios culturales de moda defienden contra cualquier argumentación de orden estético— ha sido, efectivamente, alérgico a la “planicie del gusto popular”. En este sentido, intelligen-

¹ Anthony Stanton. “Tres antologías: la formulación del canon” en *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*. México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México, 1998: 21-60 (Vida y pensamiento de México).

² Gustavo Jiménez Aguirre. “Liminar” en Amado Nervo. *Obras. Tres estancias narrativas 1890-1899*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Océano, 2006: 11.

temente anota Jiménez en el estudio preliminar de esta obra, que no sería difícil considerar a Nervo como “el primer escritor de masas del siglo XX” (2006: 22).

Así pues, aunque en la *Antología de la poesía mexicana moderna* (Cuesta, 1928) Nervo fue incluido, la nota que antecede a su selección no es precisamente halagüeña y augura de algún modo su exclusión de las futuras listas. Allí puede leerse: “Para elegir los poemas que debían representarlo en esta antología, tuvimos que preferir [...] aquellos poemas de su primera época, que lo representan quizá más imperfectamente; esto es: aquellos que inspiró menos su ambición de sinceridad que su vanidad artística” (1985: 78).

Sin embargo, la estrella literaria de Nervo ha cambiado en los últimos años y son ya muchas las reediciones de su obra así como los estudios e investigaciones que sobre él se han realizado. No es improbable que en esta reconsideración, en la que también ha influido la revaloración de la crónica como género literario —y los trabajos de Monsiváis al respecto son el mejor ejemplo—, se haya tomado en cuenta que, amén de su obra poética, Nervo fue un buen narrador, un crítico agudo y un cronista de talla excepcional.

Esta *antología general* es un compendio valioso de los intereses literarios de Nervo, agrupados en seis secciones que recogen lo mismo su poesía que su obra en prosa o sus ensayos críticos y, también, parte de su correspondencia. El volumen incluye no sólo la obra ya publicada con anterioridad, sino también dos textos inéditos y cuatro no recogidos previamente, que son fruto del importante esfuerzo de investigación del grupo que, apoyado por CONACYT, dirige Gustavo Jiménez hace ya varios años en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La rigurosa selección es también evidencia de ese trabajo y permitirá que los nuevos lectores de Nervo adviertan, más allá de la “sinceridad” que le reclamaba Cuesta o de la cursi nebulosa que ha rodeado su imagen, la figura de un raro intelectual, protagonista singular de nuestra tradición literaria. Personalmente, hubiera disfrutado de una mayor amplitud en las secciones de correspondencia y crítica, pues son éstos los aspectos menos conocidos del poeta que permiten revisar ciertas características del Nervo polémico y sarcástico, aquel que desmiente al “Nervo llorón” (como Juan Domingo Argüelles nos recuerda que Luis Cardoza lo llamaba). Por otro lado —y más allá de la vocación seductora de un poeta que dedicó buena parte de su tiempo a la relación epistolar con las mujeres— quiero imaginar que, amén de las ya publicadas en sus obras completas y aquí, existirán más cartas que la voluntad y el rigor de investigación desplegados por el grupo a cargo del proyecto CONACYT “Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo” pondrán en algún momento frente a nuestros ojos para poder seguir la figura del intelectual y su intervención en la vida literaria, en la pública y también en su trabajo al servicio del Estado como diplomático.

Debe señalarse que el deslinde crítico que se llevó a cabo sobre las más de mil páginas de poemas de Nervo (incluidos los que integran la “Poesía dispersa”,

recogida en la espléndida página electrónica dedicada al nayarita: www.amado-nervo.net) es notable y hace justicia a un poeta que padeció del mismo mal que el gran Neruda. Al decantar sus mejores textos de la verborrea poético-místico-sentimental que acometió toda su vida al vate, la selección nos hace visible a un Nervo esencial, como también ocurre en las secciones dedicadas a la narrativa y a la crónica.

Los estudios que acompañan a esta edición tienen, afortunadamente, un sello común: a la esfera del reconocimiento se antepone el orbe crítico. Antes que glosadores o apologistas, Gustavo Jiménez Aguirre, Claudia Canales, José Ricardo Chaves y Juan Domingo Argüelles, han emprendido un trabajo serio, minucioso, que nos permite atender y entender los altibajos de un autor, su circunstancia y sus hallazgos.

La angustia que el poeta vivió toda su vida, dividido entre su necesidad económica (paliada en el potro del periodismo) y su deseo (la creación literaria) es el punto de arranque con que Jiménez nos introduce en el mundo nerviano, pero también en las incidencias de su recepción crítica. Aquellos dos extremos planteados en “Avatares de un aristócrata en harapos”, como se titula el estudio preliminar, serán también los que se revisen en los ensayos sobre el poeta.

“Esa cruel Siberia del periodismo” es el punto central del ensayo de Claudia Canales: “Por la senda trivial de los sucesos diarios”. Su lectura, además de la pertinencia historiográfica que exhibe, pone el acento en las múltiples contradicciones latentes en las crónicas de Nervo como producto de una visión desencantada del mundo pero también “de un malestar que estaba en la condición misma del creador, en especial del escritor modernista, enfrentado a la fuerte acometida del positivismo pragmático y cientificista [...] con una sensibilidad que privilegiaba la experiencia subjetiva, entronizaba la belleza de la forma y se volcaba en las excelsitudes del arte” (482). Este ensayo —desde mi juicio uno de los dos mejores textos críticos del volumen, junto con el estudio preliminar— repara lo mismo en el escepticismo de Nervo que en los accesos de “deliberación metafísica” que acometen al poeta o en la crítica del provincianismo, pero, sobre todo, pone de manifiesto la amplitud de su registro temático y ubica a Nervo con claridad frente a sus contemporáneos y colegas.

Los registros que le interesan a José Ricardo Chaves y a Juan Domingo Argüelles están en el lado del deseo, el de la creación literaria. El primero se ocupa de la narrativa, y tras plantear la “trilogía fundamental” de la obra narrativa de Nervo (constituida por *El bachiller*, *Pascual Aguilera*, y *El donador de almas*, publicadas en un solo volumen, *Otras vidas*, en 1905) retoma trabajos previos en relación con el tema de la “constelación libidinal” (término que acuña para referirse al contenido de índole sexual y erótico de las novelas de Nervo) y el recurso de lo fantástico que, ligado al espiritismo y la teosofía, harían compartir al nayarita un lugar junto a “pioneros del género como Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Clemente Palma” (510).

“Elevación y caída de la poesía de Amado Nervo”, de Juan Domingo Argüelles, manifiesta desde su título la intención de recorrer las estancias de aquella estrella literaria de la que hablaba antes, poniendo el acento en la recepción que la poesía de Nervo ha tenido, particularmente después de su muerte y de su fastuoso entierro. “Para expresarlo con un terrorífico lugar común —dice Argüelles— de los que hubiesen deleitado al autor de *Plenitud* y dado escalofríos a Jorge Cuesta, la muerte y el sepelio de Amado Nervo fueron su canto del cisne” (529). El recuerdo de Cuesta no es casual y le sirve al ensayista para exponer las vicisitudes que la obra de Nervo ha sufrido por parte de la crítica posterior a la sentencia con que la *Antología de la poesía moderna* despachó al poeta sincero. Pero de esta desdichada crítica no hay otro culpable más que Nervo, quien

ha sido vituperado con sus propias palabras y a partir de sus propias creencias. Es culpable de antemano del crimen del mal gusto y no abundan los abogados que se decidan a defenderlo así sea por compasión. Si fue capaz de decir que no tenía tendencia alguna literaria especial y que escribía como se le antojaba, sin sostener más que una escuela, la de su honda y perenne sinceridad, el reo no tiene defensa ni remedio y debe ser sentenciado sin dilación y condenado al destierro inmediato del reino de la poesía mexicana.³

Ciertamente, Argüelles tampoco es su abogado, aunque reconoce que “la poesía de Nervo consigue, entre sus lectores [...] realizar el milagro cotidiano de mantener viva la emoción frente a la frialdad de los desapasionados” (538).

Los cuatro rostros críticos de este Nervo antologado no son, como ya dije, los del elogio, tampoco los del escarnio; antes bien —y eso se agradece— son los rostros de la crítica. Una antología, decía al principio, es la primera apuesta del lector, pero también uno de los deberes del crítico. Aunque el Nervo poeta haya sido desterrado del reino, el conjunto de su obra merece una “reconsideración de ingreso” si no al particular canon poético, sí al de nuestra literatura toda. Esta antología, como cualquier antología que se respete, será su aval.

MALVA FLORES
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias
Universidad Veracruzana

³ Jorge Cuesta. *Antología de la poesía mexicana moderna*. Presentación Guillermo Sheridan. México: Fondo de Cultura Económica, 1985: 534 (Letras Mexicanas).